



Martinez de Leon
BARCELONA

—¡Home, no está ma la puyita!—dice Sarvaorito—. Un poco malaje, pero tie grasia.

Ellas ni se inmutan por lo del malaje. Un tipo como Sarvaorito, vago y necio, no ofende. Y Mercedes repite:

—Sombrerito-paja, trabaja...

La cosa va por mal camino, y así lo entiende Sarvaorito, y la prudencia debe

canbiar el rumbo de la charla. El, ya lo sabe, tiene mala fama en el barrio, y por lo mismo debe congraciarse, y más porque presume de hombre cumplido con las niñas bonitas:

—Maestro, eche usté una conviá por mi cuenta.

—No, se le agradece—intervienen ellas.

—¿Es despresio?

—No, Sarvaorito; es que... no queremos que se sacrifique usté.

Y Benita se ríe a toda cuerda.

Pero Sarvaorito, no sólo convida, sino que él mismo se levanta, se quita el sombrero, lo deja en la silla y pónese a cortar higos.

—Cuidao con las puyas—dice, intencionada, Manolita.

En efecto, como Sarvaorito tiene delicadas las manos, se clava una púa, y es tanto lo que le escuece y estorba, que allí está el hombre sin cortar más higos y hurgándose la espinilla con las finas uñas, sin conseguir quitársela. Cuando se van ellas, dando las gracias, todavía Sarvaorito se atarea con la fastidiosa picazón.

—¿Ha visto usté, maestro, qué niñas tan guasonas?

Porque la verdadera pulla, la que se le ha clavado bien adentro y se le ha enconado, ha sido otra pulla, otra pulla que le ha llegado al corazón y en él la tiene.

—Sombrerito-paja, trabaja...

Entretanto los obreros de la Fundación, de la Pirotecnia, los albañiles, las bellas obreritas, pasan, de regreso de sus labores penosas, por delante del fresco y confortable puesto de higos chumbos...



M. de L.

José Bruno

(DIBUJOS DE MARTINEZ DE LEON)